

CARTA ABIERTA AL DR. FRANCISCO LARROYO

Mi querido amigo, no encuentro manera más justa de agradecerle el haberme dedicado, en compañía de nuestros comunes amigos Edmundo O'Gorman y Justino Fernández, su último libro, *La antropología concreta*,¹ que diciéndole públicamente lo que estimo el presente por lo que contiene y por lo que me sugiere.

Aunque dividido en una simple secuencia de catorce capítulos, éstos se agrupan de suyo en varias partes. Las tres primeras las discierne usted mismo al comienzo del capítulo octavo: "Hasta ahora dos propósitos han sido perseguidos —acaso alcanzados— en este libro. Ante todo se acometió la tarea de considerar al hombre en sus manifestaciones, más externas que internas, incluyendo su existencia social. Al hilo de estas reflexiones fueron presentadas aquí, en su orden, las llamadas disciplinas antropológicas de vocación científica: después, se ofreció la filosofía del hombre en los grandes jalones que ofrece su historia. Justo: en esta coyuntura, cabe ahora, delimitar con pulcritud y precisión el concepto de la antropología filosófica" (pág. 145). Así que los seis primeros capítulos se ocupan con la *Antropología* no filosófica, el séptimo, subdividido en siete secciones, con "El hombre en la historia de la *filosofía*", como dice su título, y en adelante viene la *Antropología filosófica* de usted. Pero esta misma la divide usted, en el "Cuadro de los problemas de la Antropología filosófica" que ocupa la pág. 153, en una Parte general y una Parte especial, a las que vienen a corresponder, respectivamente, la tercera y cuarta del libro: los capítulos octavo y noveno, sobre el concepto y temas y el método de la disciplina, y el décimo, sobre el ser del hombre en general; y los capítulos décimoprimer y décimosegundo, que desarrollan la Antropología tipológica en que reconoce expresamente usted mismo la aportación más peculiar de su libro, a la que se refiere ya el título de él —porque los dos últimos capítulos, sobre "el puesto del hombre en el cosmos" y "el destino humano", aunque el susodicho cuadro incluye estos temas en la parte especial, al volver de la tipología antropológica al hombre en general, mueven a tomarlos más bien por una quinta parte de la obra.

Indicaciones tan sumarias como las anteriores bastarían para convencer a cualquiera de que su libro compendia cuanto hasta el día de hoy, inclusive, se ha presentado bajo el nombre de Antropología Filosófica. Para convencer a cualquiera, también, de que su obra no es, sin embargo, una mera recopilación, tan erudita como falta de una precisa concepción unitaria de la disciplina, basta la delimitación del concepto de la Antropología Filosófica que usted promete en las últimas palabras de la cita de la pág. 145 hecha antes y que cumple en el capítulo a cuyo comienzo pertenecen. Es un problema bien arduo. La doble revista pasada por las dos primeras partes de su libro, a las ciencias humanas y a los sectores de la cultura objetos respectivos de ellas, y al "no menos de medio centenar de enjundiosas y brillantes ideas acerca del hombre" que "se han dado en el pasado filosófico", como dice usted en el Prólogo (pág. 8), muestra en el hombre y lo humano tal multiplicidad de aspectos o facetas —a la imagen del polígono a que recurre usted en algún lugar (pág. 175), preferiría por mi parte la del poliedro—,

¹ Editorial Porrúa, S. A., México, 1963.

y, multiplicadas por los sendos puntos de vista que son ontológicamente los distintos sujetos filosofantes —pluralidad subjetiva que es ella misma una de las caras del poliedro—, tal multiplicidad de vistas o visiones, esto es, ideas de él —del hombre por el hombre mismo o de sí mismo—, a pesar de todas las recurrencias de unas mismas reconocibles en ellas, o en conjunto y suma, una multiplicidad tan caleidoscópica, que cabe preguntarse, y no insensatamente, si será sencillamente *posible* una concepción capaz de unificarla jerárquicamente —habría de ser— con intersubjetividad universal, o si no le será forzoso compartir a la Antropología Filosófica la suerte, o mala suerte, que forzosa parece, de los sistemas metafísicos del universo, de ser, por tener por objeto el más concreto de todos, lo existente, subjetivos absolutamente, debido a ser la Antropología Filosófica la forma más reciente, la actual y vergonzante, de tales sistemas. . . El deslinde de la Antropología Filosófica que hace usted, mediante las categorías, que bien pueden llamarse así, de “tonalidad estructural”, “culturalización”, “situación cósmica”, “personalidad”, “sentido y valoración” y “destino”, a que responde que el contenido de la quinta parte de su libro sea el que es y antes recordé, concluye, como esta parte y la obra entera, en metafísica, por comedia que sea, como conviene a un neokantiano que no ha dejado de serlo, al menos del todo, y a una personalidad intelectual inteligentemente circunspecta como es la de usted.

La mayoría de las filosofías conciben al hombre por la dimensión de los grados del ser: como una cosa o ser más entre los seres, un ser meramente material, una máquina, o meramente sensible, figúrenselo como estatua que siente o sin ninguna figuración semejante; o un ser fabricante, un ser específicamente pensante, figúrenselo como caña o no, sapiente, o volente, satisfecho o no, y libre, o estético, o conjuntamente intencional, teleológico, axiológico, racio-vital, simbolizante, personal, o determinado fundamental o radicalmente por lo inconsciente o lo irracional; o, más comprensivamente aún, como expresamente plural y microcosmo. Unas pocas lo conciben por otra dimensión, la que se extiende entre el ser social y el individuo y único. Más en número son las que lo conciben por la dimensión del tiempo, ya en la intimidad constituida por la duración real, y por su mortalidad, ya en la génesis de su psique, ya en la evolución natural que lo trasciende, ya en su propia y peculiar historicidad, concebida, a su vez, como progresiva, hasta el superhombre, como decadente, o como en tránsito de una enajenación a una recuperación. Otras pocas, en fin, lo conciben en la dimensión de su relación con el principio del mundo, ya como modos de los atributos de la sustancia divina, ya como criatura de Dios capaz de extática unión con Éste, ya como pequeño Dios, ya como él mismo Dios, ya como pasión inútil de ser Dios. Y una lo concibe como medida de todo o en la singularísima dimensión de su relación con todo lo demás que se opone cardinalmente a la de la cosa o ser entre los demás seres. Pero aunque pudiera reducirse así la multiplicidad de las filosofías a unas pocas dimensiones, subsistiría el problema de la articulación de ellas: ¿cómo articular, en efecto, los grados del ser y el principio del ser, la individuación y el subjetivismo y la temporalidad?

Manifestativo caso particular de tamaña y tan problemática complejidad no podía menos de ser, por ende, el armazón de la Antropología concreta, tipológica, desarrollada en la cuarta de las susrepetidas partes: un armazón que no ha podido ser de menos dimensiones que de cuatro, lo que da una clasificación de los tipos de los seres humanos bajo los cuatro puntos de vista de los *sectores culturales* por los que se determina lo que podría llamarse el “contenido material” de cada uno de ellos, y de la *autenticidad o inautenticidad existencial* de tal determinación, y los rangos *axiológico y social* de ella, dentro, ya del sector correspondiente, ya de la

sociedad en general, tres puntos de vista más bien “formales”, podría decirse, por contraposición con el primero. Le diré en seguida, para mostrarle que no confundo lo que quizá a usted le interesaría distinguir, que estas “materialidad” y “formalidad” no coinciden exactamente con otras “materialidad” y “formalidad”, las que pueden reconocerse en las “exclusivas ónticas” y “onto-axiológicas” por las que define o caracteriza usted “el ser del hombre” en general. Me refiero a las dos Antropologías Filosóficas que por mi parte creo deber reconocer entre las integrantes de la historia de la filosofía, según que caracterizan al hombre por la dimensión vertical de los grados del ser, es decir, de la esencia, desde el inferior del cuerpo hasta el superior del espíritu, o por la dimensión horizontal de los modos de existir o de la existencia, como el fundamental de la temporalidad. En todo caso, ha tenido usted la feliz inspiración de hacer de la dualidad de la autenticidad o inautenticidad existencial, muy expuesta a quedarse en una dualidad de formas bien vacuas, el punto de vista que ha desdoblado, y hasta multiplicado, cada uno de los tipos determinados por los sectores culturales, en una numerosa pluralidad de “caracteres” henchidos de “contenido material”; los pseudo-intelectuales, los fariseos, los políticos tartamudos, decepcionados y venales, los artistas riosos, que no son únicamente los versificadores, y —los sibaritas, no; no me parecen ser al “hombre económico” lo que los que acabo de enumerar al “intelectual”, el “hombre religioso”, el “político”, el “estético”, ni en sí, ni en la intención de usted, a juzgar por los términos en que se refiere a ellos. He escrito, y entre comillas, “caracteres”, en vez de tipos, sin comillas, porque me parece que con haber traído usted la Antropología a tal punto de concreción la ha retrotraído a muy egregios antecedentes, olvidados tan sin fundamento, a mi manera de ver, como le diré: la ha retrotraído a las obras de *Caracteres* iniciadas con los de Teofrasto —y con los de virtuosos y viciosos que desfilan por los libros centrales de la *Ética Nicomaquea*. En lo que hay una doble virtualidad fecunda y plausible. En primer lugar, reacciona usted debidamente contra la tradición, predominante entre los filósofos, aunque no por cierto entre los escritores religiosos, los moralistas y los literatos, de optimismo antropológico consistente en ver en el hombre exclusivamente lo bueno, la Razón, el Espíritu, los Valores de la Cultura, o mucho más que lo malo, con ser tan voluminosa y ostentosa, que no simplemente ostensible, la multiforme maldad humana: y sin que tome ésta en la debida cuenta, ¿a qué Antropología Filosófica conceder crédito y autoridad algunos? Y en segundo lugar, cuanto más se concrete, en cualquier dirección que sea, en todas direcciones, la Antropología Filosófica, aunque sea al riesgo de confundirla de nuevo con las no filosóficas, más saludable será para sus generalizaciones. Pues, en efecto, recuerdo cómo me movió a cavilar sobre la exactitud de las ideas del hombre que nos han brindado las más conspicuas Antropologías Filosóficas, el encontrarme puntualmente descrita, en un libro de Antropología científica bien auténticamente concreta, la vida de un pueblo del sur de México donde los seres humanos que la viven carecen totalmente de individualidad: ¿no son, entonces, seres humanos? ¿o no será la individualidad una nota tan esencial de la humanidad como ha enseñado hasta ahora toda Antropología Filosófica, hasta las más colectivistas o universalistas? . . .

De todas suertes, es en la última de las cinco partes en que he dividido su *Antropología Concreta* donde me he encontrado con las ideas que me han resultado más nuevas y más aguijoneantes. Parece obvio que el tema del puesto del hombre en el mundo contiene como tema parcial, si no supone como tema previo, el tema del mundo mismo. Y sin embargo, ni lo que hace *El Ser y el Tiempo* con el tema del mundo al desarrollar el del ser en el mundo, me había hecho

reparar, como acaba de hacerme reparar este su libro, en la complicación que para el planteamiento y resolución, si posible, del problema del puesto del hombre en el mundo representa *la* antinomia --tal es para mí-- del realismo y el idealismo: el mero enunciado del problema en los términos "puesto del hombre en el mundo" ¿no entraña subrepticamente una posición realista? Pero, entonces, ¿qué pasará con el problema en la idealista? ¿qué en la antinomia? ...La complicación sube de punto, de punto de interés intelectual y dramatismo emotivo, con la idea de la movilidad, de la mutación, de tal puesto, tan obvia con la del hombre mismo, y, a pesar de esto, tan desproporcionadamente no tenida en cuenta a lo largo de la historia de la filosofía. Pues, ¿y el cruce de todo ello con el "perspectivismo" de las subjetividades? ...Que tiene en su libro su última formulación, si no me engaño, en el concepto de "destino personal" con que nos deja. Pero permítame dejarle ya, a mi vez, con la impresión que será la justa, de las cavilaciones en que me ha sumido su obra, *la* que --y no sólo la dedicatoria-- le agradezco, a pesar de ellas, de todas veras.

Su

JOSÉ GAOS